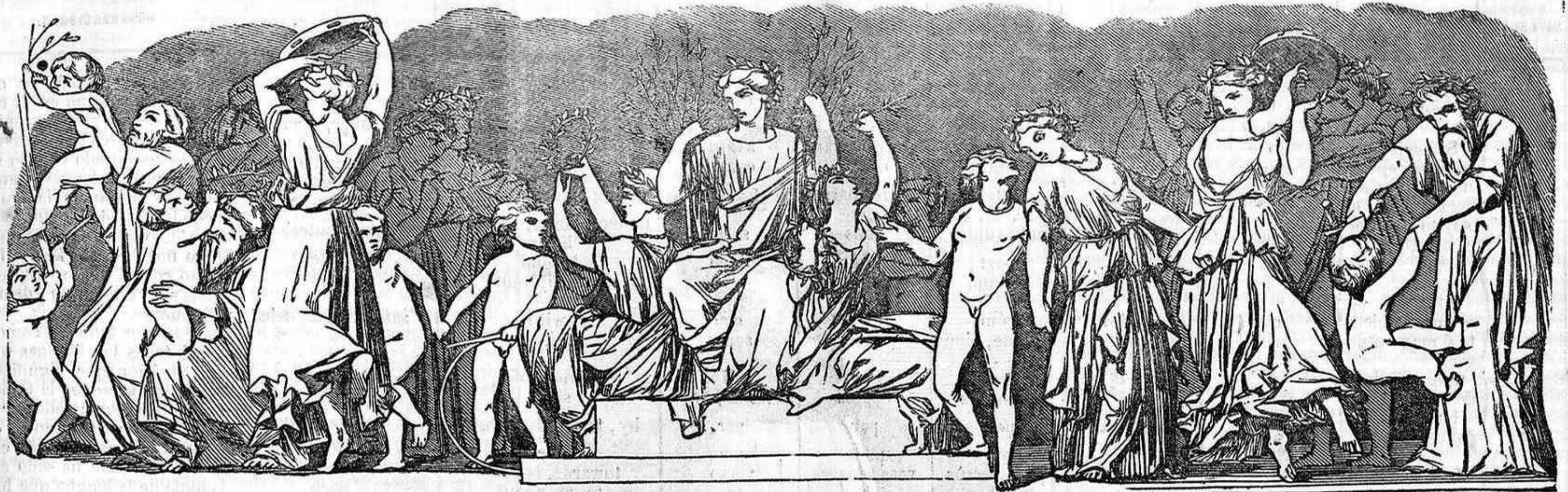


LA ILUSTRACION ESPAÑOLA.



MUSEO DE CARRUAJES HISTORICOS DE VERSALLES.

Algunos hombres de gusto concibieron hace poco tiempo la idea de añadir á las riquezas materiales, reunidas á fuerza de gastos en las suntuosas galerías de Versalles, una curiosísima colección de carruajes de distintas épocas. Si este nuevo Museo estuviere destinado únicamente á facilitarnos una agradable escursión á los dominios de la historia, nos limitariamos á anunciar sencillamente la apertura de su esposicion; pero el hecho es que se recomienda por su mérito especial, y esto nos compromete á entrar en algunas esplicaciones.

Por lo pronto nos es muy sensible que la colección de carruajes aparezca tan incompleta, y que no contenga mayor número de objetos de fechas antiguas. Nada nos han dejado las revoluciones políticas de las épocas remotas de nuestra historia, y por el contrario han aniquilado muestras preciosas, que hubieran podido conservarse, sin el ciego espíritu de vandalismo que proscribía hasta los mudos recuerdos de un régimen caído. Ya se comprende el gran interés que tendria, bajo el aspecto histórico de las costumbres, una colección de los diversos carruajes que estuvieron en uso en los primeros siglos de la monarquía francesa, por lo mismo que en los cambios que experimentaron sus construcciones seria muy fácil ir siguiendo los progresos mas ó menos rápidos de la civilización de dicho país. De las antiguas costumbres de los francos á las actuales de la Francia moderna, hay tanta diferencia como de la carreta de cuatro bueyes que usaban sus monarcas, segun afirman Gregorio de Tours y Eginhardo, al magnífico coche que sirvió para la consagración de Carlos X.

No es pues culpa de las personas que han concurrido á la

formación del Museo, el que este contenga tanto vacío en cuanto á carruajes históricos. Además de las causas mencionadas, hay otra que no ha contribuido poco á la desaparición de aquellos importantes objetos. Hasta el reinado de Luis XVI los reglamentos de la casa real concedían, cuando moría el monarca, al primer escudero los caballos de silla, las carrozas, las calesas y las sillas de mano. Esta costumbre, que venia rigiendo desde los tiempos de la caballería, ha hecho que pasen á manos estrañas muchas riquezas, que hoy deberian figurar dignamente en el nuevo Museo. En Marruecos y en Tunez existen carrozas del tiempo de Luis XIV y de Luis XV, las cuales se han empleado en la conducción de cadáveres. Por otra parte, muchos objetos incluidos en la colección del Museo se hallaban antes almacenados en el *Guarda muebles*, pero sin indicaciones que revelasen su origen, de modo que al clasificarlos ha sido preciso proceder por inducción, con la escrupulosa exactitud de un anticuario.

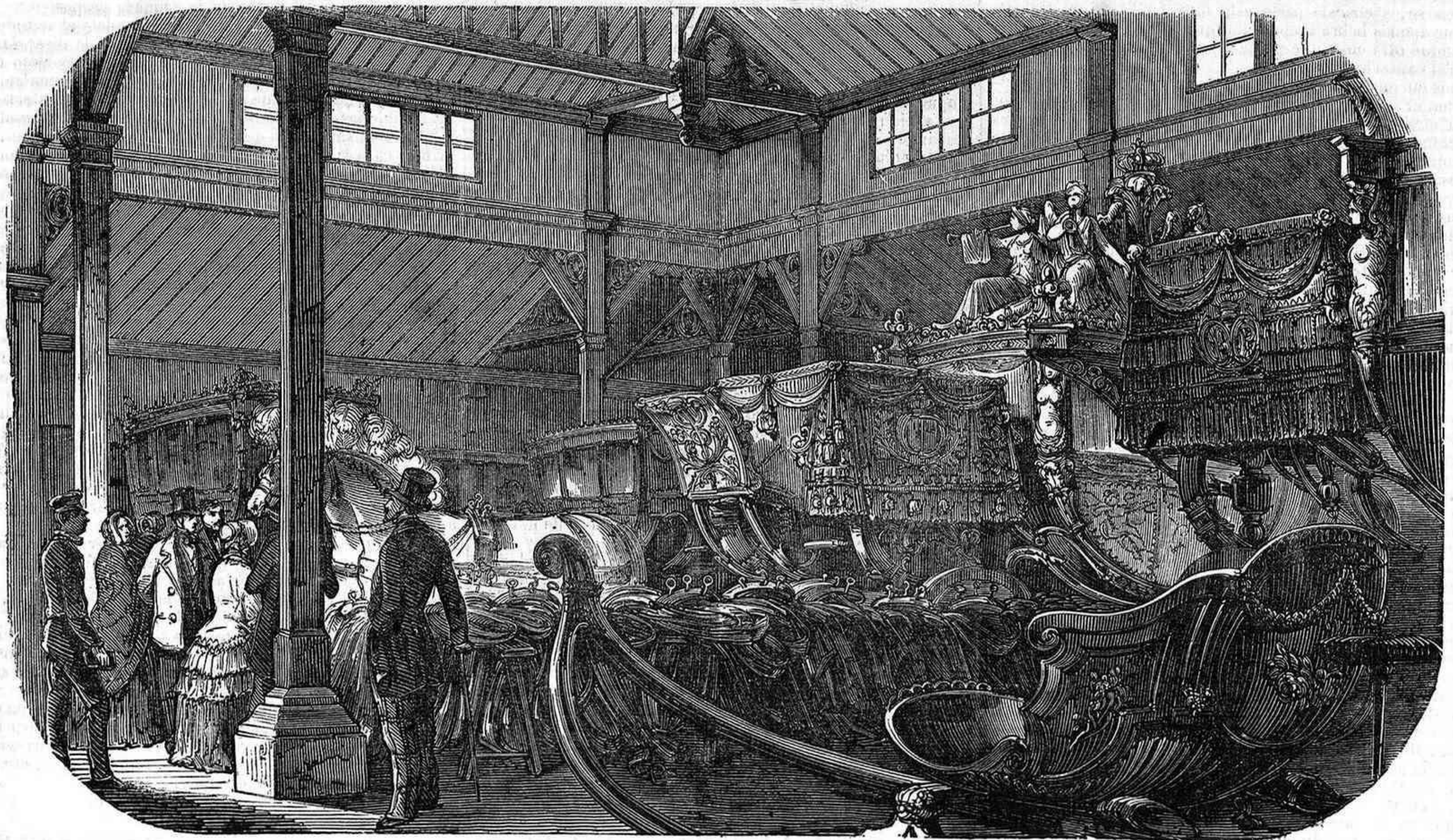
Los carruajes forman la parte principal y mas rica de la esposicion. Son cinco, y cada uno de ellos tiene su nombre, segun costumbre de la casa real. *La Victoria*, que es el mas modesto de todos, pertenece al imperio: figuró en la consagración de Napoleon, como coche de respeto; su caja es dorada y de una figura muy graciosa: la parte interior, de paño blanco con adornos verdes, se conserva en mal estado. *La Turca* es de la misma época, y sirvió tambien en aquella ceremonia. Está forrada interiormente de seda blanca con felpillas verdes; la caja es igualmente dorada y ostenta muchas guirnaldas de flores. El *Topacio* es un riquísimo coche que tiene asientos de terciopelo blanco con adornos verdes y filetes de oro. Ocupábalo la reina Hortensia en la ceremonia de la consagración de Napoleon. El *Bautismo* es una carroza hecha por el mismo modelo y estilo que los carruajes mencionados, y solo se diferencia de ellos en el mayor lujo de bordados de oro y seda

que cubre el cielo y los costados por la parte interior, forrada enteramente de terciopelo blanco. Esta carroza sirvió para la ceremonia del duque de Burdeos, que tuvo lugar en la iglesia de Nuestra Señora el dia 1º de mayo de 1821. Conducia al joven príncipe, á *Mademoiselle*, á su hermana, á la condesa de Gontaut, aya de los hijos de Francia, y á la marquesa de Sereste. Algunos creen que se construyó espresamente para dicha ceremonia, al paso que otros opinan que perteneció á la emperatriz Maria Luisa, fundándose en la analogía que guarda su construcción con las obras de la misma clase de aquella época.

Por último, la *Consagración* es un coche monumental y la obra maestra del arte francés en su género. Sirvió para la ceremonia de Carlos X y se construyó de órden del duque de Polignac, en vista de los dibujos presentados por Percier. Las pinturas son de Delorme, discípulo de Girodet; las esculturas de Roguier, las cinceladuras de bronce de Persilli y los dorados de Gautier. La ejecución de tan magnífico tren exigió dos años de trabajo. La caja es redonda y remata en figura de cúpula; está sostenida sobre cuatro cuernos de la *Abundancia*, y otras cuatro figuras de la *Fama* sostienen el escudo de las armas reales, sobre el imperial. Las pinturas de la caja, que representan asuntos alegóricos, fueron hechas sobre planchas de cobre doradas á fuego.

Se calcula en quinientos mil francos el valor de dicha carroza: la que sirvió para la consagración de Luis XVI y que el pueblo hizo pedazos, habia costado un millon doscientos mil francos, y si hemos de juzgar por el dibujo que de ella se conserva, no presentaba la riqueza ni la elegancia de la de Carlos X.

Ya tendremos ocasion de hablar otro dia de los trineos y de las sillas de manos, así como de las de montar que se conservan en el nuevo Museo.



Museo de carruajes históricos de Versalles.

CUADRO general de las preposiciones con arreglo á lo espuesto en la leccion III, clasificadas y comparadas.

DIVISION.	SUBDIVISIONES.	ESPAÑOL.	GRIEGO.	LATIN.	FRANCÉS.	ITALIANO.	INGLÉS.	ALEMAN.	OBSERVACIONES.
De quietud.	Lugar donde se está.	en	ἐν	in	dans	in, sul	in, into	an, in.	Algunos gramáticos extranjeros colocan en el número de las preposiciones muchas frases prepositivas: yo he procurado colocar solo al frente de las castellanas las que mas analogía tienen con las de esta lengua. Como se ve en este cuadro nos falta el <i>circum</i> latino con el cual se espresa una relacion comun y de uso frecuente. Fáltanos tambien como á casi todos los idiomas una preposicion que signifique <i>al lado</i> : nosotros la teniamos, pero desterrada por el uso, solo se encuentra en nuestros mas antiguos escritores. Cabe ha sido excluida de la lengua que hoy hablamos.
	Situacion en que se ejerce una accion directa, ya por el sujeto, ya por el objeto.	sobre ante contra entre bajo tras	ὑπέρ, ἐπί πρό ἀντι μετά ὑπό	super pro contra inter sub, subter	sur avant, devant contre entre, parmi sous	sopra, su avanti contro fra, tra sotto	on, upon, up, over, above before against among, betwen, amidst under, down, beneath below behind Around, round	auf, uber, overhalb. vor. inou, gegenuber, uber. zwischen, bismen, mittels, vemistuls. unter, unterhalt.	
	Situacion de acompañamiento ó manera de ser.	con sin	συν, ἔν ἀνευ	cúm absque, sine	avec sans	con senza	with without	hinter. um. sammt, mit, nebst.	
	Lugar de donde se viene.	de desde	ἐκ, ἐξ ἀπό	e, ex à, ab, dis	de depuis	dí	from, of since	von, aus. seit.	
	Lugar por donde se pasa.	por	διὰ, ἀνα	per	par	per	by, through, across	bei, vermöge.	
	Lugar adonde se va.	para hacia á hasta	εἰς εἰς πρός κατά	pro apud, versús ad tenus, usque	pour vers, envers à jusqu'à	pir verso a fino á	for towards, beyond to, at, about till	für. gegen. nach. bis.	

FILOLOGIA.

ENSAYO SOBRE LAS PREPOSICIONES.

LECCION III.

Análisis de las preposiciones. Preposiciones de quietud. Lugar donde se está: en. Relacion de lugar en que se ejerce una influencia directa, ya por el sujeto, ya por el objeto: sobre, entre, ante, contra, bajo, tras. Relacion de situacion, que espresa la manera de ser: con y sin.

Arida y enojosa es la tarea de esta leccion. No se trata ya de sentar principios, de correr por el espacio de las ideas y las suposiciones, trátase de demostrar lo ya espuesto, de dar á conocer prácticamente la verdad de los asertos que me he atrevido á presentar. El análisis de las preposiciones, su uso y significado verdadero, aplicado á un idioma conocido, es una empresa de colosal tamaño, como lo son todas aquellas en que se pretende aplicar los principios de la gramática filosófica á un lenguaje existente, variado por la tradicion y por los siglos, hijo de las costumbres mas que de las ideas, mas afectado á la forma que al fondo de la espresion, donde una manera eufónica de decir ha substituido á veces á la exactitud de la espresion, un modo incorrecto, pero gallardo de construir, ha tomado el lugar del verdadero. En la leccion última simplifiqué el trabajo de esta y de la siguiente, con la division que hice de las preposiciones. El mismo método seguiré para su análisis.

Antes de comenzarle debo hacer una advertencia. Las preposiciones han indicado en primer lugar una relacion puramente esterna: la situacion y movimiento de las cosas, ó mas bien la relacion del sujeto y su actividad con respecto al mundo exterior, á este mundo material y tangible que le rodea por todos lados. Son situaciones que pueden medirse y apreciarse, y en esta parte está muy facilitado mi trabajo, porque apenas habrá preposicion que dentro de estos límites signifique otra cosa, ó espresare relacion distinta de la que he indicado anteriormente.

Dos enemigos han tenido las preposiciones para su exactitud en el significado, la razon y la fantasia: la primera por sus abstracciones, materializando los objetos morales y las creaciones del entendimiento, se ha valido para espresar las relaciones de las ideas, de los mismos signos con que antes espresara la relacion de los objetos. La fantasia con sus figuras aplicó por analogía y asimilacion estas relaciones á los seres creados por ella; y como, rápida en su carrera, no podia detenerse muchas veces ante el escollo que las particulas le presentaban, abrevió el pensamiento, que lozano y conquistador se presentó á disputar su corona á la gramática, porque si habia olvidado su exactitud, habia enriquecido la palabra con giros mas elegantes, mas breves, y hasta entonces desconocidos. Ante la fuerza de tan poderosos enemigos tiene que detenerse el gramático muchas veces: no pocas me han presentado abismos, en las correlaciones de mis ideas, que solo por inducciones he podido salvar; y ya se sabe la solidez que en la lógica tienen los argumentos y conclusiones que se fundan en la induccion.

Comienzo pues el análisis de las preposiciones de quietud, primeras que se nos presentan, y entre ellas las que indican el lugar donde se está. Espre a nuestra lengua esta relacion con una sola particula: *en*. Su significado es bien claro en las relaciones materiales: «estoy *en* mi casa, estoy *en* Madrid, estoy *en* mi sillón» sin que por esto se crea que yo ocupo toda mi casa, que mi persona llena todo Madrid; porque como términos de relacion, indican un espacio con referencia á otros de igual naturaleza: esto es, que una casa en el primer ejemplo y una ciudad en el segundo, son las unidades de que se habla: entre las casas, vivo en la mia, entre las ciudades, vivo en Madrid. En las abstracciones tambien es facil en esta preposicion ver su significado. Así que, tomando el espacio y el tiempo como objetos tangibles, como la casa y Madrid, se dice «está *en* el aire (frase que se ha hecho metafórica), estamos *en* marzo, estamos *en* cuaresma» porque marzo y cuaresma se tienen por objetos, y dentro de ellos estamos. «Muy versado *en* jurisprudencia», tomamos la jurisprudencia por una cosa, y el sujeto está embebido en ella. «Muy ocupado *en* el estudio», el estudio es un objeto y se está en él. De este modo puede significarse por esta preposicion el estado: «está *en* su saxon», porque se toma la saxon por una cosa, y está en ella la fruta de que se habla.

Paso á hablar de otras locuciones que tienen una razon no apercibida á primera vista, respondiendo con ello de ante-

mano á las objeciones que pudieran hacerse. Estas locuciones han nacido las mas de la imaginacion, y no puede decirse que sean desacertadas, sino que vistas á la ligera podria parecer que no responden al verdadero significado de la particula. He dicho que esta preposicion es de quietud, y se estrañará verla unida á verbos que indican actividad y movimiento. «Entró *en* el portal, fué *en* casa de su tio, lo hizo *en* venganza de Juan, se divierte *en* cazar.» Pero si se atiende bien á la construccion de estas frases, se verá que todas ellas son elípticas. En la primera notamos el verbo *entrar*, derivado del latino *introire*, que lleva ya la particula que ha de regir al término de la accion; significa este verbo no solo el acto de ir, sino el hecho de estar dentro del portal, en el portal en donde se estuvo entrando. «Fué *en* casa de su tio,» es una frase elíptica equivalente á «fué á casa de su tio y estubo *en* ella»: el verbo por sí indica la accion, y la preposicion *en*, manifestando el lugar en donde estubo, no necesita de otra para dar á conocer adónde fué. «Lo hizo *en* venganza de Juan:» tambien otra frase abreviada y metafórica á la vez: «lo hizo *en* venganza,» es decir, cuando se hallaba dentro de un espacio que se llama venganza, y en el cual se habia constituido Juan por sus acciones: venganza que provenia de Juan. «Se divierte *en* cazar:» aquí se toma la accion abstracta por un espacio, y en él se constituye el sujeto; por eso esta frase puede convertirse en la siguiente: «se divierte cazando.» Creo que se ve bien claro en los ejemplos anteriores el significado de esta preposicion, y que analizando un poco, puede llegarse á conocer por qué esta particula espresa el tiempo en que se hace una cosa, el modo, el estado, la causa, la profesion, el fin, y otras relaciones de igual naturaleza. Un modo hay de construir con ella, el cual no he podido explicarme satisfactoriamente, y tengo que apelar á una induccion remotísima para darle algun valor gramatical y filosófico. Este modo es el de anteponer la preposicion *en* al gerundio, para significar *luego que*, *en el momento que*, v. g. «*En* acabando de hablar avisame:» *luego que* acabes de hablar, *en el momento que* acabes de hablar, etc. Hé aquí cómo yo esplico esta frase, pero sin la seguridad del acierto. El momento es una cantidad de tiempo tan inapreciable que no puede saberse ni dónde empieza ni cuándo acaba. Hay necesidad de que empiece otra accion en el momento en que concluye la primera. «*En* acabando» equivale á «cuando estés en el momento en que haya concluido tu accion avisame, ven, etc.»

Siguen las preposiciones que indican tambien una relacion de lugar sin movimiento; pero en la que se ejerce una accion pasiva, si así puede llamarse, ya por el sujeto ya por el objeto.

Pocas preposiciones habrá en las que el significado sea mas pobre, en que tan poco se aparte de su primera aplicacion; y esto es natural, puesto que espresando una relacion de situacion respecto de las cosas que al sujeto rodean, donde la accion está mas paralizada que en las demás relaciones; situaciones que no pueden menos de existir siempre, constantemente, mientras el sujeto se halle en el número de los seres, su naturaleza tiene que variar muy poco por su falta de movilidad. Por eso son tambien estas preposiciones á manera de adverbios: con ellos se confunden, funcionan como ellos, participan de su naturaleza, y algunos desempeñan ambos oficios.

Sobre. Esta preposicion indica superioridad, y en el orden de las ideas es la que sigue en generacion á la anterior particula, puesto que después que el hombre se pregunta dónde está, ve sobre qué está; por eso la preposicion *en* indica muchas veces la misma superioridad que *sobre*: «*en* el torreón, *en* la cama, etc.» No me parece que hay necesidad de muchas esplicaciones acerca de la particula que examino. «Estoy *sobre* el monte.» Se ha hecho extensivo su significado á los objetos morales, conservando siempre su carácter de superioridad, tomándose el objeto como espacio, «*sobre* los hombres, *sobre* la iniquidad,» como si se estuviera encima. «*Sobre* el sentido de una palabra,» esto es, que la discusion ó disputa vino encima, después de la palabra: así «*sobre* comida, *sobre* mesa»: equivocándose Salvá cuando dice que en este último sentido equivale á *en*, porque se ve claramente que la frase «disputaron *sobre* mesa», que presenta por ejemplo, no es lo mismo que «disputaron *en* la mesa», que significa durante la comida, y no después de la comida, como en la primera, en la cual se toma la mesa por la comida: así se dice «dar seguridades *sobre* una finca» en el sentido jurídico, con bastante exactitud, porque se dan *encima*, *además de*. La Academia de la Lengua dice con mucha razon, que equivale á esceso en este ejemplo, «tiene *sobre* cincuenta años;» aunque Salvá, teniendo en cuenta la manera viciosa de hablar, dice que significa aquí «poco mas ó menos»; pero si en el lenguaje comun se quiere dar á en-

tender esto, no por eso dejará de ser la locucion incorrecta, y mas exacta la de la Academia, en la que se dá á entender que «tiene *poco mas* de cincuenta años», esto es, una cantidad de tiempo que no se puede apreciar con exactitud por no sernos conocida. Dícese correctamente «este libro versa *sobre* agricultura»: es decir, la materia del libro está basada sobre este tema, la agricultura le sirve de fundamento, y el libro está encima de ella.

No puedo por tanto considerar como buena la locucion «vino *sobre* la tarde», si no se quiere espresar que iba á entrar la noche, y mucho menos «se encaminó *sobre* la derecha», de que habla Salvá, porque debia ser *hacia* ó *por*, pues de otro modo habria que alambicar mucho el pensamiento para encontrar la relacion de superioridad. Hé aquí cómo se explicarán con esta preposicion las relaciones de *además de*, *encima*, *después*, y otras equivalentes.

Ultimamente esta particula se une á los verbos en el infinitivo, como la preposicion *en*, y en ambos casos el infinitivo está sustantivado, porque es ley de la preposicion que no pueda unirse de otro modo á ellos. En estos casos no se aparta la preposicion *sobre* de su significado natural *de encima*, *además de*: «*sobre* ser convicto quiere que le premien,» *además de* ser, sobre el estado de ser convicto.

Pasemos á la preposicion que sigue naturalmente á la anterior, *ante*. Después de saber el sujeto dónde está, lo lógico es que hieran sus sentidos las cosas que estan delante; debe preguntarse ante quién está. Dije, hablando de la preposicion *sobre*, que las particulas que iba á examinar tenian un sentido adverbial, y que se confundian muchas veces con los adverbios. El significado con que las veo casi siempre me hizo dudar de su naturaleza, y para resolverme á ponerlas entre las preposiciones, tuve en cuenta la práctica constante é inconcusa de nuestros gramáticos y de los extranjeros. Atendí además á otra consideracion que por lo que valga debo apuntar aquí, ya que voy á tratar de la primera preposicion que se halla en este caso. El adverbio deja completo el sentido de la accion modificándola, pero no dirigiéndola: la direccion pertenece exclusivamente á las preposiciones, y por eso el primero no necesita término después de sí, y al contrario las segundas. Pues bien: de dos modos pueden presentarse estas preposiciones como verdaderos adverbios: 1.º Compuestas. 2.º En la misma forma que como preposicion aparecen. En el primer caso la composicion en castellano es tan ingeniosa y filosófica, que puede esplicarse fácilmente: así de las preposiciones *ante*, *entre*, *bajo*, *tras*, se forman los adverbios *d-elante*, *dentro*, *debojo*, *detrás*, en los cuales se toma la relacion como objeto, regida de la preposicion de procedencia, *de*: son términos de accion que, como no indican mas que espacio ó lugar, se resuelven en adverbios. Cuando estas preposiciones se presentan tales como son, pero con el carácter de adverbios, entonces ya no es á la gramática á la que toca responder, sino á la retórica, pues hay elipsis. Hecha esta digresion, que me ha parecido oportuna, y he considerado este como su verdadero lugar, paso á ver los significados de la preposicion *ante*, que son mas pobres aun que los de la anterior; siempre indican *d-elante*, anterioridad: así se dice, «*ante* el juez, pasó *ante* mí.» Antiguamente decian nuestros escritores con mucha gracia «paso *ante* paso», equivalente á un paso después del otro, con la diferencia de que en el primer caso se toma el último paso como término de referencia, y en el segundo el primero. Con esta frase indicaban la manera pausada y espaciosa de andar, que permitia al que narraba apreciar el paso que iba antes y el que venia después.

A esta particula sigue la preposicion *contra*, desviada hoy de su significacion primitiva, aun cuando la que hoy tiene no deja de sobrentenderla. Es aquella la de *enfrente de*, y por tanto nació al mismo tiempo que la preposicion *ante*, refiriéndose en el primer caso al objeto y en el segundo al sujeto: «la mesa está *ante*,» yo estoy *contra*, *enfrente de* la mesa. De aquí que venga dándose á entender con ella esa oposicion ó contrariedad que resulta de estar enfrente: «se pegó *contra* la mesa;» cuerpo que se opuso á su marcha: «así se opone un paredon *contra* las avenidas de un rio.» Salvá presenta ejemplos, hoy poco comunes, que manifiestan el significado primero de esta preposicion, «su casa está *contra* la del corregidor,» esto es, *enfrente*: «*contra* Oriente, *contra* viento, etc.» se usan todavia significando *enfrente*.

Deberia venir en pos de esta, segun el orden natural, una preposicion que espresara la relacion que manifestamos, con la frase prepositiva, *al lado de*, preposicion de que carece hoy nuestra lengua, y que tienen otras, v. g. el francés en la particula *chez*. El romance castellano se ve hoy lleno de vo-

ces y giros extranjeros que es imposible casi el evitarlos en la conversacion y la escritura. Puede que sea esto una riqueza; pero lo será en la abundancia, no en el valor: en cambio hemos perdido muchas palabras de mayor precio; y entre estas ha sido relegada al olvido la preposicion *cabe*, con la cual expresábamos esta relacion que hoy damos á conocer por un circunloquio.

Entre es la preposicion que en la actualidad suple muchas veces á el *cabe*, aun cuando su verdadero significado, y en el que voy á examinarla, es el de en medio de dos cosas, y por extension en medio de dos acciones que se consideran como objetos para espresar la relacion. «Entre Scyla y Caribdis, *entre* hablar y callar, *entre* pesaroso y alegre;» esto es, *entre* el estado pesaroso y el alegre, *en medio* de ellos, *medio* pesaroso y *medio* alegre; *entre* mí, *dentro* de mí, *entre* los objetos que á mí me forman; *entre* veinte y veinticinco; *entre* noche y día, es decir, *entre* una cantidad y otra, *entre* un espacio y otro. Así dice Iriarte:

«Por *entre* unas matas seguido de perros, etc.»

entre unas matas y otras matas; verdadera frase elíptica en que no hay que referir los dos términos, porque son iguales: del mismo modo, *entre* la conversacion, *entre* el principio y el fin de la conversacion, *entre* una parte y otra. Por eso esta partícula significa *dentro*, adverbio compuesto de ella, *de entre*, *durante*, *en medio*, *en de*, etc.; porque todas estas palabras se refieren á esa intercalacion que da á entender esta partícula.

Tras, equivalente y del mismo significado que el adverbio que de ella se compone, *detrás*, y por eso es lo mismo, «que *después de*, *tras* ser ellos los culpados, correr *tras* de la fortuna.» Esta preposicion pide muchas veces, después de sí, la de procedencia, *de*.

Restame hablar de la partícula *bajo*, *sub* latino, última de las de esta clase. Efectivamente, después que el sujeto sabe en dónde está, *sobre* qué, y *tras* de qué, se pregunta y examina *bajo* qué está. Denota por consiguiente esta preposicion lo contrario que *sobre*, denota la inferioridad en todos los casos, «*bajo* techado, *bajo* sus órdenes, *bajo* fianza;» estas dos últimas frases, metafóricas si se quiere, pero que indican esa dependencia.

Para completar el cuadro de las preposiciones que indican la colocacion del sujeto respecto de los objetos que le rodean, falta en castellano una preposicion que abraza todas estas relaciones en conjunto, el *circum* latino, *around* inglés. No tenemos la partícula, pero como la relacion existe, nos valemos para espresarla de la frase prepositiva *alrededor*, la cual hubo un tiempo en que pudo llegar á ser verdadera preposicion, si en vez de hacerse nuestra lengua, en la época de su decadencia, ampulosa, llena de palabras y vacía de conceptos, hubiera seguido tomando y robusteciendo la energía y nervio que le dió Herrera. *En redor* pudo ser el *circum* latino. *En torno*, la hubiera reemplazado elegantemente.

Examinadas estas preposiciones, queda por hablar en la leccion presente de las últimas de quietud, *con* y *sin*. Así como las que hemos visto antes y las de movimiento de que trataré después, hacen referencia á distintas relaciones del espacio, estas son de situacion ó manera de ser, ó indican no ya la distancia, sino el acompañamiento ó su carencia, el resultado de la compañía ó la situacion del que se halla solo, mas bien, el sujeto simple ó complejo.

Con. Esta partícula significa siempre acompañamiento, y así se dice: «estoy *con* mi padre, duermo *con* susto.» ó á mi acción *acompaña* el susto. Del mismo modo puede aplicarse indicando medio ó instrumento, porque la relacion es la misma: «escribir *con* método,» *acompañado* del método; «herir *con* la espada,» *acompañado* de ella; la acción de herir es mia; pero pude hacerlo con cuchillo ó de otro modo: la espada auxilió mi acción esta vez. Tambien se une á verbos de movimiento en frases elípticas: «voy *con* mi padre,» es decir, voy y estoy al ir *con* mi padre. Unese á los infinitivos, y equivale á los gerundios, como sucede con las mas de las preposiciones de que he hablado hasta aquí; pero siempre se nota en esta construcción la idea de acompañamiento.

Sin. Es la contraposicion de la anterior, y así como indica la privacion y carencia de compañía, así es ella pobre en significaciones propias y figuradas. Siempre marca esa privacion; y aun cuando la Academia Española la hace equivalente muchas veces de la frase, *además de*, poniendo por ejemplo la siguiente locucion: «llevaba diamantes, *sin* otras muchas alhajas.» No ha considerado que esta frase es elíptica, en la cual quiere espresarse, *sin contar* otras muchas alhajas.

He concluido el exámen de las preposiciones de quietud, estendiéndome mas de lo que yo pensaba; así que el objeto de la leccion siguiente será el estudio y análisis de las de movimiento, concluyendo con algunas consideraciones acerca de varias partículas tenidas en nuestro idioma por preposiciones, y que no lo son atendida la naturaleza é indole especial de esta parte del discurso.

Marzo de 1854.

LECCION IV.

Preposiciones de movimiento.—Lugar de donde se viene: razon de comenzar por ellas: *de*, *desde*.—Lugar por donde se pasa, *por*.—Lugar á donde se va: *para*, *hacia*, *á*, *hasta*.—Exámen de la partícula *según*.—Resúmen de las lecciones III y IV.

Con mayor ó menor acierto he reducido las preposiciones á dos clases, y acabo de explicar las que he llamado de quietud, con arreglo al plan que me he propuesto, y creo que han respondido con su significado á mis investigaciones.

Antes de pasar al exámen de las de movimiento, debo hacer una advertencia. Las partículas cuya significacion y uso expliqué en la leccion anterior, nos dan á conocer siempre una relacion de situacion: es fácil medir la distancia y fijar aquella, y aun en los casos en que se hayan aplicado semejantes relaciones á explicar movimientos del alma, aun cuando haya habido éipsis, indagando un poco se ve que no se ha desviado la partícula de su significacion primitiva. Pero no sucede esto con las preposiciones de movimiento. Manifestando la direccion, y estando en continua movilidad, ha sido menos exacta su significacion en muchos casos; así que no siempre puede

darse mas razon el gramático, al ver construir frases en las que entra una de estas preposiciones y cuya funcion no se explica sino al capricho, si bien es cierto que no tendrá este origen, sino uno natural y lógico; pero que por la naturaleza de la partícula, ha habido tantas aplicaciones y éipsis en una sola frase, que no se puede seguir la ilacion de un raciocinio que se presenta bajo una fórmula tan abreviada.

Presentados estos antecedentes, entremos en el exámen de la primera clase de preposiciones de movimiento; las que indican el lugar de donde se viene.

Después que el hombre sabe dónde está y se ha dado razon de cuanto le rodea; después que ha ejercido su inteligencia sin moverse, y midiendo solo las distancias que hay entre él y los objetos de su alrededor; después que ha determinado su situacion, natural es que dueño de su voluntad, dirija su acción á un punto, y vaya señalando todos los estados por donde pasa. Si tal es mi opinion, y la que creo mas justa, se me preguntará por qué no he dividido esta segunda parte de las preposiciones, como parecia lógico, entre preposiciones que indican el movimiento empezado y no acabado, y preposiciones que manifiestan el movimiento que pasó y ya es acabado; y en este caso, por qué no empiezo por las preposiciones que indican el lugar adonde se va, continúo con las del lugar por donde se pasa, y concluyo por la del sitio de donde se viene, que parece lo mas exacto, y no que siga el sistema contrario. En efecto, las preposiciones del lugar de donde se viene no espresan otra cosa sino el movimiento que pasó, que se ha ejecutado, y por tanto, necesario es que haya habido movimiento y que se haya dirigido; que el sujeto haya sabido antes adónde va, para conocer luego de dónde viene. Pero me parece que tengo alguna disculpa, porque apartándome por un momento de esta lógica inflexible, he cedido al origen histórico de estas preposiciones. A la verdad, antes de que el sujeto haya sido dueño de su acción, antes de que haya encadenado el mundo á su voluntad, ¿no ha sido el juguete de la voluntad de otro? Antes de pensar, antes del desarrollo de su razon, ¿no ha vivido sin que sepa dársela de su existencia, y entonces no es mas natural que dirija una mirada retrospectiva, mas bien que hacia adelante? En cualquier situacion de la vida en que el hombre se halle, tiene un pasado: suponiéndole con razon desde el momento en que viene al mundo, ¿no ha tenido ya una existencia en el seno de su madre, por la que tiene que preguntar? ¿y todos los demás seres no se hallan en el mismo caso? La primera criatura formada por Dios, ¿no preguntaría, al sentirse, de dónde vengo, antes de pensar adónde voy? Hecha esta digresion necesaria, entremos en el exámen de la preposicion *de*, primera de este grupo. Esta partícula indica siempre el lugar de donde se viene, «vengo *de* paseo, he vuelto *de* Valencia,» y por extension la procedencia y el origen que caben dentro de la primera significacion: «mármol *de* Macael, oriundo *de* Africa,» donde se ve claramente este lugar, de donde viene la procedencia y el origen. De aquí que sea término de relacion que corresponde á la preposicion *á*: «*de* Madrid á Granada.» Tambien indica por tanto la materia de que es una cosa: «cuchara *de* plata,» que es, que tiene su existencia de ese metal. Espresase con ella siempre el genitivo de los latinos, porque la posesion indica cierta procedencia. «El abanico *de* Elena, la estatua *de* Apolo:» lo que en otros términos quiere decir, el abanico que es *de* Elena, que de ser suyo viene que le llamemos *de* Elena; la estatua *de* Apolo, que de representar á Apolo viene el que la llamemos *de* Apolo. Resulta de aquí que como esta relacion es mas íntima, puede muy bien convertirse en un adjetivo el genitivo de posesion, y en el romance castellano no puede hacerse esto con tanta facilidad como en latin, porque nos valemos de la partícula, y así como por extension y no en su sentido genuino, en vez del caso, y las relaciones de la preposicion con el nombre, no son tan estrechas como las de este con la terminacion. Explica mas, hay mas confusion y mas sensible mudanza en la relacion que las terminaciones manifiestan: véase si nó la diferencia entre *Apollinis* y *ex Apolline*, de cuya preposicion, traducida entre nosotros por la *de*, usamos siempre para significar, así la posesion como el origen, lo mismo en un caso que en el otro. Así puede indicar esta preposicion el modo, la causa, el asunto de que se trata, la edad, el empleo ú oficio. Algunos infinitivos de verbos la piden antes de sí, y aun algunos clásicos la colocan después de algunos verbos; pero en todos estos casos es siempre indicadora de origen ó procedencia, v. g.: «Digno *de* verse;» proviene su dignidad *de* su vista; acababan *de* comer;» concluian la acción que antes empezaron, y por consiguiente de su principio se deriva su fin. Dice la Academia que equivale á *para* con los infinitivos de los verbos; por ejemplo, «bueno *de* comer,» sinónimo de bueno *para* comer; pero yo encuentro una pequeña diferencia, aun cuando confieso que en el uso comun se suelen confundir muchas veces estas preposiciones. Para probar que la diferencia existe bastará el siguiente ejemplo: «Esta fruta es buena *de* comer, esta sala es buena *para* comer.» En el primer caso queremos decir que la bondad de la fruta proviene ó consiste en un gusto agradable al paladar, en el segundo que tiene disposiciones acomodadas la sala para ejecutar esa acción. No está escondida la procedencia: como tampoco cuando la Academia dice que equivale á *por*: «lo hizo *de* miedo;» esto es, que su acción provino del miedo; y á *con*: «lo hizo *de* intento,» de su intencion vino el ejecutarlo. Usan nuestros autores de un modo muy elegante para encarecer ciertas cualidades, el cual es una de las exageraciones mas grandes, que solo el uso y su belleza pueden no hacernos notar: «el ladrón *de* Ginesillo,» como si uno fuera el poseedor y otro la cosa poseida, como si fuera mas ladrón que Ginesillo, siendo lo segundo como un adherente de lo primero. Por último, dáse á entender con esta preposicion el tiempo y el modo, pero en ambos casos puede decirse que la frase es adverbial, aun cuando la partícula no se sirve de su verdadera inteligencia, v. g.: «Es *de* noche, le ha herido *de* corte.»

Desde. Segunda de las preposiciones de esta division. Siempre manifiesta el principio del tiempo ó lugar donde empezó la acción, y corresponde las mas veces á la preposicion *hasta*. «*Desde* la creacion hasta nuestros días.» *Salva* dice que antiguamente equivalía á *desde allí*, y pone por ejemplo y para criticarlo el arcaico cometido por Martínez de la Rosa en su *Hernando del Pulgar*. «En tal manera, que *desde* á pocos días salió con abundantes provisiones.» Pero aquí no hay

equivalencia, sino éipsis del adverbio, por no ser absolutamente preciso para la equivalencia de la frase.

Pasemos á las preposiciones que indican el lugar por donde se pasa: no hay mas que una, y es la preposicion *por*: «pasa *por* mi calle; pasa *por* Madrid para ir á Lisboa; vino *por* mar de Málaga á Alicante:» en todos estos ejemplos se ve el lugar por donde se pasa. Aplícase por extension al que hace la cosa y al fin porque la hace. «Hecho *por* Dios, trabajo *por* alcanzar premio,» que ha pasado *por* Dios para hacerse, que pasa *por* el trabajo para alcanzar la recompensa. Con la misma preposicion se indica el tiempo, porque parece se pasa por el espacio. «Salgo *por* un mes.» El medio, modo, precio, equivalencia, suposicion, concepto. En todos estos casos, analizados con un poco de detencion, se ve siempre el significado primitivo de la partícula, aun cuando hayamos traducido en nuestra lengua muchas veces con ella las dos latinas *per* y *pro*, que no espresan ambas lo mismo en este idioma. En la traduccion castellana del *Curso de estudios* de Condillac, se examinan con bastante acierto las preposiciones, y de muchas de sus advertencias me he valido para algunas de las que llevo referidas; pero al hablar de la preposicion *por*, lo hace á mi ver con tanta exactitud, y explica tan perfectamente ciertas relaciones que no aparecen á primera vista, que me ha parecido propio de este sitio el trasladarlas literalmente. «*Por*, como preposicion de lugar, indica el sitio por donde pasa una cosa, ir *por* las calles, *por* montes y *por* valles, pasar *por* la ciudad;» y por analogía, «pasar *por* tamiz, *por* pruebas duras, *por* el placer, *por* el dolor.»

Podemos considerar en cierto modo un efecto como pasando por la causa que le ha producido: «cuadro hecho *por* Murillo, comedia escrita *por* Calderon.» Habiendo la preposicion *por* indicado la relacion del efecto á la causa, ha debido indicar tambien las relaciones análogas á ella; la del efecto á los medios: «ascendido *por* sus intrigas, conocer *por* sus intrigas, *por* la razon:» al motivo, «negarse á todo *por* avaricia, obrar *por* interés, *por* resentimiento;» al modo, «hablar *por* enigmas, conducirse *por* hábito, obrar *por* rutina;» y cualquiera podia por sí solo buscar otros ejemplos, teniendo siempre presente que es preciso comenzar observando cómo las preposiciones han sido usadas al principio para espresar ideas sensibles; hecho lo cual, será fácil buscar la analogía que ha conducido á usar de ellas para espresar ideas abstractas.»

Hay una manera de construir con esta preposicion que equivale á *sin*. «La espada está *por* limpiar,» y aquí hay ó una relacion abstracta muy remota, ó una frase elíptica cuya ilacion no nos es fácil conocer completamente.

Héme ya aquí en la última division, la mas importante y con la que se cierra el cuadro general de las preposiciones: las preposiciones de movimiento. Esta division es la mas rica en partículas, como que con ella se da á conocer la acción desde el momento en que va á empezar, hasta el punto en que concluye.

Para, primera de estas, indica la preparacion para obrar: puede decirse que es la voz de alerta. Necesario es examinarla con algún cuidado, porque no lo han hecho la Academia ni Salvá, que se contentan con referir sus varias aplicaciones, explicándolas con frecuencia caprichosamente. Dice la Academia: «Esta preposicion indica el movimiento y equivale á las *á*, *ó*, *hacia*; por ejemplo: «salgo *para* Galicia;» pero aquí se ve no dirigida la acción, sino preparada, está en el momento de empezar. Cuando con ella se indica el tiempo, se ve lo mismo: «está *para* llover, dejaremos la leccion *para* mañana,» *para* continuarla mañana, frase elíptica como casi todas en las que se ve esta preposicion fuera de su significado propio. ¿Y cuán claro no se nota este en las frases que espresan, como la Academia dice, proximidad ó cercanía? «Estaba *para* decirle,» á punto de decirle, iba á empezar la acción de decir. Así con ella se habla de la persona á quien se va á dirigir una acción, por extension, al fin de esta, y la proporcion entre las cosas. Salvá dice que explica la acción interna, pero no es exacto: pone por ejemplo: «*de* *para* sí;» pero puede decirse *para* Antonio; la acción interna la explica el reflexivo, y no la preposicion. Tambien, equivocadamente á mi ver, dice el mismo autor que en las preguntas equivale á *por*, y pone para probar su aserto la frase siguiente: «*para* qué me llama V.?» pero debe creerse, creeria Salvá que esa frase valia tanto como esta otra: «*por* qué me llama V.?» En el primer caso se dice *para* qué, con qué objeto, qué exige V. de mí: en el segundo, *por* qué causa, qué motivo le ha movido á V. á llamarme. Me parece que la diferencia entre una y otra frase es bien marcada.

La naturaleza de esta preposicion indica por qué con ella espresamos las mas veces el dativo latino, como con el *de* el genitivo. Efectivamente con el dativo no se dirige la acción principal, se indica, se la pone en camino, se da razon de su movimiento. Así en la frase «trabajo *para* ganar,» *para* ganar no hace mas que indicar el fin de la acción, pero no determina el trabajo; pero si yo digo: «trabajo todo el día *para* ganar un pedazo de pan,» se ve á todo el día modificando la acción de trabajar, é intimamente unido con esta, al paso que el último término puede muy bien suprimirse sin dejar incompleto el sentido de la frase. «Antonio dió esta carta *para* Juan:» sucederá lo mismo, la acción de dar va intimamente unida con la carta, y sin este segundo miembro no haria sentido la oracion: *para* Juan da razon del movimiento.

Hacia. Esta preposicion ya nos manifiesta la acción ejecutándose y dirigiéndose á la vez, y si no se ejecuta en el momento, está cuando menos fija la direccion y se señala su curso. «Lleuve *hacia* Aranjuez, iba *hacia* Pozuelo.» La Academia dice que espresa el lugar donde está ó sucede alguna cosa, pero no es así, sino que dirige el movimiento *hacia* donde está ó sucede alguna cosa, v. g. «*hacia* ahí está el Escorial,» que indica la direccion en la cual debe verse ó estar, á diferencia de «*allí* está el Escorial,» que indica fijamente el punto donde se halla. La preposicion *á*, que es la que sigue á la anterior, indica no ya la direccion, como esta, sino el punto donde la acción va á parar: «voy *á* Galicia, á Londres:» espresa el término de la acción y se construye con ella el acusativo de los latinos. «Aborrece *á* Juan,» es decir, en él termina la acción de aborrecer; «voy *á* leer,» como si la acción de leer fuese el punto donde yo voy á llegar. Con esta partícula se explica perfectamente el lugar y tiempo en que sucede alguna cosa, la situación, el instrumento, el exceso ó ventaja que uno tiene respecto de otro. Se componen con ella muchas frases adver-

(La continuacion en la pagina 446).



VALS.

VALS.....
Núm. 2.

P. *cres.* *F.* *FF.* *P.* *8.ª* *-loco*

The musical score consists of five systems of two staves each (treble and bass clef). The first system includes a first ending bracket and a second ending marked "2.ª vez.". Dynamics include *P.* (piano) and *F.* (forte). The fourth system is marked "8.ª" and "loco" with a scissor symbol. The fifth system is marked "CODA" and "FIN.". The score concludes with a double bar line and repeat dots.



biales de que hablaré en la lección siguiente, y en todas ellas se ve el término de acción. Como tal corresponde á la preposición *de*, como al hablar de esta llevo ya indicado, v. g., «va mucho *de* bueno á malo, *de* calle á calle, *de* aquí á San Juan,» en cuyas frases se ve la relación de dónde adónde, señalada por las dos partículas. Espresase á veces el condicional si, mas no por eso deja de verse su propio y genuino significado: «á decir verdad.» Indica el movimiento continuo y pausado, dice Salvá: «paso á paso;» donde tambien se ven los términos de relación. Se antepone á verbos, y manifiesta entonces que la acción va á empezar, tomando el momento como término; no equivaliendo en este caso al gerundio, como quiere el autor antes citado. «Al examinar» no es lo mismo que «examinando», pues en el caso va á empezarse la acción, y en el segundo se está ya ejecutando.

Hasta. Aquí concluyen las preposiciones de movimiento. **Hasta** indica el término preciso adonde se puede llegar: por eso es tan escasa en aplicaciones: «voy *hasta* Zaragoza.» Allí concluye mi viaje. Salvá, que no ha sido muy feliz en buscar el verdadero sentido de las frases, dice que equivale á *tambien* en esta: «*Hasta* tuvo el valor de echarme en cara,» cuando sobre *tambien*, si á esto equivaliera, podía haber otra cosa, «*hasta* al contrario, no pudo hacer mas y *hasta* eso hizo: *hasta* aquí llega el análisis de las preposiciones.»

Estas últimas, *á*, *hacia* y *hasta*, están tan íntimamente enlazadas entre sí, que muchas veces se toman unas por otras en el lenguaje comun; sobre todo *á*, equivale muchas veces á las otras dos: «volvió la cara á la pared, pasó el río con el agua *á* la cintura;» en cuyos dos casos hubiera sido mas propio haber empleado las preposiciones *hacia* y *hasta*.

Antes de concluir esta lección voy á tratar ligeramente de una preposición, llamada así en la lengua propia y en las extrañas; pero que á mi ver no participa de la naturaleza de esta parte del discurso, debiéndosele llamar mas bien conjunción. Esta partícula es *segun*, nacida del *secundum* de la baja latinidad. Condicion es de las preposiciones que se ponen delante de los términos de acción, directos ó indirectos, y por tanto antes de nombres, de adjetivos en algunos casos, y de verbos cuando estos están en infinitivo ó en gerundio: pues bien, esta partícula se antepone á verbos en cualquiera modo, tiempo y persona: «*segun* creo, *segun* pareció, *segun* pensamos.» ¿No se ve en ella una condición? ¿No hay, si no una equivalencia, cuando menos una semejanza á *como*, con *arreglo*, *conforme*, *del modo que*? ¿No es siempre conjuntiva? ¿A qué llamarla preposición? y sin embargo así la denomina la Academia. No hablaré de otra partícula, que entre las preposiciones contaba esta en la primera edición de su gramática, porque con mejor acuerdo la ha borrado en las sucesivas: era la partícula *partitiva cada*.

Termina aquí el examen de las preposiciones de la lengua española, y parece que tambien en este lugar debia dar fin á mi trabajo; pero pareceme que quedaria incompleto sino añadiese una lista de las preposiciones que rigen ciertos adjetivos y verbos, y no me detuviera un poco sobre las partículas y frases prepositivas. Esto será objeto de la lección siguiente. Abril 1851.

LECCION SESTA Y ULTIMA.

Union y enlace de esta lección con las anteriores.—Partículas prepositivas, llamadas por algunos componentes.—Divisiones: preposiciones y verdaderas partículas.—Significado propio de unas y otras en la composición.—No se desvian del primitivo.—Frases prepositivas.—Diferencia entre estas y las adverbiales.—Examen de algunas.—Epilogo.—Lista de los nombres y verbos que rigen determinadas preposiciones.—Explicación acerca de su método.—Conclusion.

Concluido ya el análisis de las preposiciones, parece á primera vista inútil, ó cuando menos superflua esta lección; pero como quiera que en la segunda prometí tratar el asunto que es objeto de ella, tengo cuando menos un compromiso en hacerlo así. Si este compromiso no existiera debia tambien emprender este trabajo. Tal es el íntimo enlace y conexión de las partículas y frases prepositivas con las preposiciones.

He dicho anteriormente que las primeras fueron preposiciones en su origen, y que las segundas no son otra cosa sino preposiciones que enlazan, no ya las partes de la oración, sino las frases mismas. Por eso no se completaría este trabajo sin hablar, aunque someramente, de unas y otras, y mas estando simplificada mucho la tarea.

Ya en la lección citada manifesté, y creo haber probado, que las partículas prepositivas eran verdaderas preposiciones, y así no me cansaré en demostrarlo; pero sí he de rechazar el nombre que les da Salvá de partículas componentes, porque es á mi ver mas propio el de prepositivas. Voy á justificarlo. Deben llamarse partículas prepositivas, 1.º Atendiendo á la etimología de la palabra. 2.º A su origen. 3.º Al significado que imprimen á la palabra compuesta. 4.º A la diferencia que existe entre estas y las demás partículas componentes. En cuanto á la etimología de la palabra, por sílabas componentes entendemos aquellas que se unen á la voz simple para modificarla y formar nuevas ideas que siempre tienen relación con la primitiva: no habrá diferencia entre las que se anteponen y las que se posponen: unas y otras eran componentes. Por partículas prepositivas deberemos comprender aquellas que se preponen ó anteponen á la palabra primitiva, para formar nuevas ideas que tengan relación con ella. Estas nunca se posponen en la composición. Luego es mas propia la segunda nomenclatura que la primera, la cual abraza toda clase de partículas componentes. En cuanto al origen, sabido es ya y demostrado que estas partículas fueron preposiciones en su principio; por consiguiente la palabra prepositivas las indica perfectamente, y respecto del significado que imprimen á la palabra compuesta, tambien probé en la lección segunda que no es otro que el de una serie de relaciones presentadas del modo mas breve. Un poco me detendré respecto de la cuarta y última razón, por la cual deben distinguirse estas de las demás partículas componentes, y es la desemejanza misma que se encuentra entre unas y otras. Para esto presentaré algun ejemplo, que mejor que todos los raciocinios demostrará la verdad de lo que llevo dicho. *Amor* con la terminación verbal *ar* da la acción *amar*, con la terminación del participio de presente *ante* se tiene el que ejerce la acción, *amante*; con la del pasado se manifiesta el que sufre la acción, *amado*. Todas estas son terminaciones ó partículas componentes, como *ado*, *on*, *ito*, *ico* y otras. *Desamar* es la acción no contraria

de amar, sino que distrae, separa al sujeto de la acción que se supone habida. Veamos las otras partículas componentes: *Construir* da *construcción*, *reconstruir* es la reduplicación de la acción, distante de la primera; lo mismo tendremos en *instruir*, *destruir*, que todos son compuesto del mismo verbo y significan cosas tan diferentes.

Resulta pues que las partículas componentes no hacen otra cosa sino desenvolver la misma acción en todas sus fases, al paso que las prepositivas varian el significado de la acción primitiva, con la cual, sin embargo, queda un pequeño punto de contacto, el de la relación. Pero donde se ve mas claro esto, es en aquellas palabras de las cuales se forman varios verbos, unos solo con la terminación verbal y otros con las preposiciones antepuestas, y en aquellas otras que solo pueden formar los verbos con la sílaba prepositiva, v. g.: *de juicio* tenemos *juzar*, y *enjuiciar*, *de loco*, *loquear* y *enloquecer*, *de claro*, *clarear* y *aclarar*. Cuán diferente sea la significación de los unos y los otros verbos, no tengo que detenerme en demostrarlo: *juzar* es la acción *activa* del juicio, *enjuiciar* es formarle á uno proceso, traerlo en juicio; *loquear* es ejecutar acciones de loco; *enloquecer*, volverse loco; *clarear* es hacerse *claro* la misma cosa por sí, *amanecer*; *aclarar* es venir á ser *claro* por la acción de otro, poner una cosa *clara*. De *hebra* no puede formarse otro verbo que *enhebrar*: *hebrar* sería hacerse *hebras*. Pero como no todas estas partículas sean ó tengan separadas el mismo valor unas que otras, puesto que las hay que no tienen fuera de composición significado ninguno, al paso que las otras son preposiciones y partículas á la vez; de aquí que podamos dividir las, en este lugar, como los gramáticos lo hacen al tratar de las preposiciones, en partículas separables é inseparables, designando con el primer término á las que hoy son preposiciones, y con el segundo á las que solo funcionan en composición, aun cuando en otras lenguas sean ó hayan sido preposiciones.

Pertenece pues á las primeras: *á*, *ante*, *con*, *contra*, *de*, *en*, *entre*, *por*, *sin*, *sobre* y *tras*. Y á las segundas: *ab*, *abs*, *ad*, *anti*, *circum*, *cis*, *citra*, *co*, *des*, *di*, *dis*, *e*, *ex*, *extra*, *in*, *infra*, *inter*, *o*, *ob*, *per*, *pos*, *pre*, *pro*, *re*, *se*, *so*, *sub*, *super*, *sus*, *tra*, *trans*, y *ultra*, entre las que no cuento *circum*, *com*, *em*, *es*, *im*, que no son otras sino algunas de las anteriores que varian la final atendiendo á la letra que sigue.

Entre la segunda clase ya dicha, las mas equivalen á nuestras preposiciones, siendo, ya las latinas reducidas en nuestra lengua á partículas, pero presentadas en su estado primitivo, ya las mismas partículas variadas por eufonía, en atención á la palabra con que se une. Si fuera mi ánimo entrar en el examen detenido de cada una, necesitaría invertir tanto ó mas tiempo que el empleado en las preposiciones; pero como no es mi objeto otro que el de completar lo dicho acerca de estas, me contentaré con unas ligeras observaciones. Las preposiciones que entran en composición no alteran su significado, como *entreabrir*, *encubrir*, *perdiosero*, *contra escritura*, etc., y siento tener que combatir una opinión de Salvá, que al hablar de la preposición de cuando entra como componente, dice que lo mismo que *de* y *dis* comunica á los compuestos significación contraria de la de sus simples, y no es así. *Di*, *dis* y *des* son la preposición latina que significa la separación y apartamiento: *disfícil*, *diferir*, *disparar*, *describir*; pero *de* significa el origen, procedencia, estracción, v. g., *detraer*, *desechar*, *degeneración*.

Las partículas *son*, como antes he dicho, preposiciones latinas las mas: hay una griega que es *anti*, y conserva su significado (1). El *so*, aun cuando dice Salvá que no es preposición latina, lo es, pero variada por la índole de la lengua: *sostener*, es el *sustineo* latino, *sustentar*: lo mismo que el *so*. Una sola de estas es la única que no puede decirse á punto fijo su procedencia, y yo voy á aventurar mi opinión: *son*, dice Salvá con bastante acierto, debilita un tanto la significación del simple, por ejemplo *sonreírse*, *sonrosar*, *sonsar*: pues bien, ó es la preposición *sub*, modificada por la eufonía, en cuyo caso se ve un tanto apartada de su significación; ó es, y esto creo mas probable, una contracción de las dos preposiciones *sub* y *en*, *sub en reír*, *sub en rosar*, *sub en sacar*, en cuyo caso la significación no es tan lejana, pues manifiesta que la acción se ejerce debajo y dentro del sujeto, y solo se indica en el exterior.

Con esto creo haber dicho lo bastante para la inteligencia de las partículas prepositivas, y voy á tratar de las frases prepositivas. Lo haré muy brevemente por las razones ya dichas. Las frases prepositivas y las adverbiales, no se refieren ya á los miembros de las oraciones, sino á los juicios mismos, y los abrazan en conjunto, con la diferencia de que concretando la acción y calificandola la frase adverbial, parece que puede dirigirse á los miembros de la oración, lo que no sucede en la prepositiva. Otras veces la frase adverbial, y es lo mas comun, no es otra cosa que un suplemento del adverbio de que carece el idioma: así por ejemplo, «voy en coche, á caballo», no equivalen á otra cosa que á los adverbios que se harían de coche y caballo si la lengua lo permitiera: pero en esta otra frase, «delante el alcalde Ronquillo estoy determinado de empujar á vuestra señoría, para que *llamadas y oídas las partes*, juzgue y sentencie entre nosotros, etc. (2)». *Llamadas y oídas las partes* es una frase adverbial que corresponde al ablativo absoluto de los latinos. Las frases prepositivas no cierran la idea: como estas enlazan dos ó mas juicios, y ellas por sí no tienen un significado preciso; pueden llamarse mas bien conjuntivas que prepositivas: de estas son: *en cuanto á*, *mediante*, *en consideración á*, *por cuanto*, *á causa*, *de* y otras semejantes que basta enunciarlas para conocer que su significado es manco, y necesitan para su complemento los términos de relación, como sucede á las preposiciones mismas. Así dice Góngora:

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires escrito
Y con mil ansias abierto.
Y en fé de los treinta escudos, etc.

en fé, es una frase prepositiva.

(1) Hay dos sílabas prepositivas, *sa* y *za*, que entiendo deben ser preposiciones árabes, sin que tenga para ello mas dato, por no conocer el idioma, que el verlas unidas á verbos de su origen.
(2) Guevara, *Cartas familiares*, 29.

Concluyo aquí el trabajo que me propuse, del cual soy el primero en reconocer sus muchos defectos, sirvan estos de resumen y disculpa.

He entrado en consideraciones en la primera lección acerca de la gramática en general, y espuniendo doctrinas ajenas al punto principal, que algun día, si mi trabajo es acogido benevolamente, esplanaré; he dado como supuestos muchos puntos en los cuales habia que discutir antes de estampar; pero yo he tenido que hacerlo así, porque la discusión de esos particulares no hubieran sido de aquel lugar, y el omitirlos edificar sin base. El análisis de las preposiciones habrá parecido á algunos indigesto, ligero á muchos; en esto no tengo que disculparme, porque reconozco su razón; pero no deben esperarse de mí ni exactitud, ni profundidad en las ideas; sería demasiada exigencia. El que estudia no ensaña, y yo no he hecho otra cosa que manifestar que he aprendido algo. Esta última lección es mas ligera aun que las anteriores; pero he dicho que no entraba en mi propósito el examinar detenidamente las partes que abraza.

Pero creo que no estaria completo este cuadro si no añadiese una lista de los nombres y verbos que rigen determinadas preposiciones. Esta lista no es otra que la inserta en la *Gramática de la Academia*, que autorizada por el buen uso debe seguirse; porque en cuanto al buen uso, ningún juez debe haber mas autorizado que la Academia. He variado su método: era preciso. La Academia examina las preposiciones por orden alfabético, su lista lleva el mismo orden, esto es lógico: yo las he presentado en grupos; tambien en grupos deben estas presentarse. El sistema de la Academia es mas fácil para hallar la preposición que rige, el verbo que se busca; el mio confieso que no tiene esta ventaja; pero creo que debia ser consecuente en lo espuesto hasta aquí.

Repito que no he acertado; pero mi objeto no ha sido otro que el de escitar á los que lean este trabajo, á que con mejores materiales y con mas disposiciones que yo, emprendan estas áridas, pero provechosas tareas.

Madrid 27 de junio de 1851.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE PAULA SEIJAS.

BIBLIOGRAFIA.

GRAN DICCIONARIO

DE LA LENGUA ESPAÑOLA,

ORDENADO POR ADOLFO DE CASTRO,

Individuo de la Real Academia de la Historia, de la española de Arqueología, de la sevillana de Buenas Letras, de la general de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, de la provincial de Bellas Artes de Cádiz, etc., etc.

CONTIENE

- LAS VOCES ADMITIDAS EN EL TRATO COMUN, LAS ANTICUADAS, LAS MAS USUALES EN TODAS LAS CIENCIAS, EN TODAS LAS ARTES Y EN TODOS LOS OFICIOS, TODAS LAS MARÍTIMAS, LAS DE LAS AMÉRICAS ESPAÑOLAS, LAS DE FILIPINAS, LOS PROVERBIOS, LAS NOTICIAS DE PERSONAJES, PROVERBIALES, Y LAS MANERAS DE DECIR MAS ELEGANTES DE NUESTROS BUENOS ESCRITORES, ASÍ EN EL GÉNERO CULTO COMO EN EL PICAresco, TODO COMPROBADO CON LAS AUTORIDADES CORRESPONDIENTES EN PROSA Y VERSO.

Esta obra enciclopédica, que va á aparecer en la cuarta serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, nos parece de una importancia tal, que no creemos disgustar á nuestros lectores anticipándoles algunas noticias acerca de ella, tomadas del prospecto que hemos remitido á provincias á mediados del mes último, y que repartiremos en Madrid la semana entrante, al poner de muestra la primera entrega.

Desde luego se comprende que esta obra aventaja á cuantas en su género se han publicado, porque las voces, casi siempre definidas de nuevo con precisión y exactitud, van acompañadas de textos de escritores clásicos, que autorizan las definiciones y el uso de las palabras: Garcilaso, Hurtado de Mendoza, fray Luis de Granada, fray Luis de León, Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Montcada, Melo, Calderón, Solís, en una palabra todos nuestros buenos poetas y prosistas. No hay para qué encarecer un trabajo que coloca á cualquiera en posición de resolver por sí toda duda sobre cuestiones de lengua, sin mas que acudir á este Diccionario: lo que apenas se concibe es cómo una sola persona ha podido llevar á cabo con tanto acierto una empresa á la cual ha debido consagrar muchos años, solo para la lectura y elección de los textos que cita, y un estudio ímprobo ante el cual se hubiera arrojado la constancia mas á prueba. Pero para apreciar la exactitud de esta observación, es preciso examinar algunas páginas del Diccionario.

Formar una obra de este género sobre la de la Academia y alguna otra, aprovechar definiciones, sin tomarse el trabajo de analizarlas, añadir tal cual voz geográfica ó tecnológica, para poder imprimir en la portada «aumentado con tantas voces», y rematar el Diccionario poniéndole un título nuevo, es cosa que hemos visto y estamos viendo todos los días; si el señor D. Adolfo de Castro se hubiera limitado á seguir distinto camino para publicar un Diccionario mas, habria prestado sin duda alguna un servicio estimable, pero no hubiera hecho otra cosa que cumplir con los deberes que le imponia la reputación literaria que con tanta justicia ha conquistado. Su trabajo es algo mas que esto: no es solo que haya formado un Diccionario verdaderamente nuevo, aun prescindiendo de las voces con que le ha enriquecido, es que ha abrazado en el GRAN DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, á mas del vocabulario de voces anticuadas, varias otras que

comprenden las mas usuales de todas las ciencias, de todas las artes y oficios, las marítimas, las de las Américas españolas, las de Filipinas, olvidadas ambas hasta ahora, todos los refranes con sus explicaciones, que no se encuentran recopilados en el de la Academia, comprensivo solo de los más conocidos; las noticias de personajes proverbiales: en fin, todas las maneras de decir mas admitidas en la lengua española, no solo las que han usado los escritores graves, sino las de que se han servido los aficionados a pintar la vida picaresca; el autor ha consultado todos los mejores Dicciones de la lengua castellana que desde los tiempos mas remotos se conocen, escritos así por autores nacionales como por estran-

jeros: de todos da noticias en la obra. Al fin de ella se pondrán trozos escogidos en prosa y verso, que juntamente con los textos que se citan á continuacion de las definiciones, será una prueba de la facilidad que hay en la lengua castellana para espresarse en todo género de materias.
En una palabra, el GRAN DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA demostrará la riqueza de nuestro idioma; en todas las demás obras de este género que se han impreso hasta ahora, puede asegurarse que no se halla mas que una sombra de ella.
Para que no se nos crea bajo la fé de nuestra palabra, insertamos á continuacion unas cuantas muestras de la letra A. Debemos advertir que están tomadas á la ventura, no por ser

preferibles á otras, sino por ser mas cortas y ocupar menos espacio, á fin de que el lector con ellas á la vista juzgue las ventajas que la obra que anunciamos lleva sobre cuantas tenemos, y llevará probablemente sobre las que aparezcan durante algunos años, porque siendo, como es, innegable la utilidad inmensa del plan trazado al GRAN DICCIONARIO, no es fácil que haya quien improvise otra edicion semejante, que, sobre definir la mayor parte de las voces nuevamente, compruebe el uso de ellas con textos, que por si solos forman un repertorio curiosísimo de conocimientos interesantes y de agradable lectura, repertorio que requiere largo tiempo de asiduo trabajo, y un estudio y buen gusto poco comunes.

Muestra de algunas voces de la letra A.

ABRASADO, DA. n. a. Aplicándose á flores, á vestiduras, etc., significa de color rojo encendido.
«Tienes aun no las alas abrasadas y ya vuelan al suelo desmayadas.»
RIOJA, *Silva al clavel.*

ABRILES Y MAYOS. Frase poética que se entiende por multitud de hermosísimas flores.
«El cuerpo de nieve pura que escede toda blancura: vestido del sol los rayos, vertiendo abril's y mayos de la blanca vestidura.»
DOÑA CRISTOBALINA DE ALARCON, *Poesía á Sta. Teresa.*

ABAHAR. v. a. Despedir el aliento ó el vapor caliente una persona ó vianda.» **CRISTÓBAL DE LAS CASAS, Vocab.**—FRANCOSINI, *Vocab.*

ABAJAR. Calentar con el aliento alguna cosa, como las manos, etc.» **GIRAL DEL PINO, Diccionario.**—*Comun Diccionario.*—**ABAJAR LA OLLA.** Desviarla del fuego y cubrirla con un paño para que el baho y calor que tiene en sí, en vez de salir de ella, sirva para recocer la vianda.» **COVARRUBIAS, Tesoro.** Nebria y la Academia sin duda por esta frase creyeron que abajar á solas significaba retener el baho.—**SOPAS ABAJADAS.** Segun Covarrubias son las que se han desviado del fuego, y permanecen tapadas para conservar el baho. Segun Baltasar Henríquez en su *Tesaurus*, son las que se exhalan vapor en fuerza de estar muy calientes.—**CRUCES ABAJADAS.** Las que se forman con el dedo pulgar é índice para llevarlas á la boca cuando se bosteza por fastidio ó por necesidad de comer ó por sueño.» **SOBRINO, Diccionario.**

ABADESA. Nombre que dan los muchachos á la última porcion que queda encendida en un papel después de consumida la llama.» **GIRAL DEL PINO, Diccionario.**
«Usan tal voz en tal significacion siempre que por juego encienden un papel y dicen mientras se consume: *Monjús á acostar, la madre abadesa se queda á cerrar.*» *Comun Diccionario.*

ABONAR. Significa tambien alabar mucho á una persona, darle reputacion de honrada, de virtuosa, etc.
«Pues cómo hoy te causa enfado lo que abonab's ayer?»
LOPE, *El premio del bien hablar.*

ACATAR. Tratándose de personas, dirigir la vista hácia un lugar: tratándose de cosas, estar colocadas frente ó contra otro objeto determinado.
«Los dormitorios y aposentos para dormir acatan al Oriente y hácia allí tengan lumbrer.» **CHAVES, Lunario perpetuo.**

ACERO=LAS ONCE MIL DE ACERO. Era el jaco de malla espesísima que se ponian los españoles en el siglo XVII para salir de noche á galantear damas ó para ir á pelear en las guerras.
«Suelen llamar las once mil de acero los que escriben de casos inhumanos á los jacos de malla.»
LOPE, *El desprecio agraciado.*

AFINANZA. n. s. f. Contrato usado en España en el siglo XVI con los flamencos.
«Reduciase á prestar una cantidad de dinero por cuatro ó cinco meses con interés de dos ó tres por ciento; obligándose el que la recibía á pagarla en el mismo lugar en que la recibió.
«Estos de la afianza no reciben (prendas), contentándose solo con sus conocimientos. Y á la verdad prestan en tan grandes sumas que no habría prendas para ellas. Llamaron al contrato afianza.» **MERCADO, Suma de tratos.**

AFEITAR. Cortar las puntas de los cabellos para que queden iguales y bien compuestos.
«Estábase la condesa en el su estrado sentada; tijerica de oro en mano á su hijo afeitando estaba.»
Romance viejo de Guisefros.

AFERES. s. m. Negocios de poquísima sustancia ó consecuencia.» **NEBRIA, FRANCOSINI, OUDIN, GIRAL, CORMIN.**
La Academia, creyéndolo igual al *affaire* francés, dice que significa dependencias ó negocios.

AGESIZADO, DA. n. a. Se aplica á aquellas cosas que están juntas ó amontonadas. Viene del verbo latino *aggeso*.—**PUECOS AGESIZADOS.** Los que andan en manadas.
«Pondrán puecos agesizados á engordar en los dichos yermos y montes.» *Ejecutoria del valle de Baztan.*

«E recibir la quinta de los puecos agesizados ó estranjeros que fueren puecos á engordar en los pastos de los montes.» *Id., id.*

APLAUSO. La comitiva y músicas que acompañaban á los monarcas y príncipes cuando entraban en ciudades, villas ó aldeas, ó cuando salían á ser coronados.
OCTAVIO. Ya llega el aplauso.
FEDERICO. Así para el adorno os prevengo.»
LOPE, *Dimeros son calidad.*

APLAUSO. También significa toda suerte de acatamiento que recibe el monarca.
«Sueña el rey que es rey, y vive con este engaño mandando, disponiendo y gobernando; y este aplauso que recibe prestado, en el viento escribe, etc.»
CALDERON, La vida es sueño.

ATRUENDO. n. s. m. El fragor de los truenos.
CESAR OUDIN, Tesoro.—**ATRUENDO.** n. s. m. El estrépito ó rumor que se levanta, ya con armas, ya con palos, ya con vocería. Nebria y Francosini (*Diccionarios*) le dan esta significacion. La Academia, confundiendo esta voz con *atuendo*, dice que significa aparato y ostentacion. Pero se engaña, pues *atruendo* es lo mismo que *estrupendo*.

ATABALES. Burlescamente se llamaban así las halgas, por ser dos y redondas como el timbal.
«Ella hay heridas mortales en todas las ocasiones: el hígado, los riñones, los muslos, los atabales.»
ROJAS, *No hay amigo para amigo.*

ATUN=EL CHARCO DE LOS ATUNES. Frase con que burlescamente se llama al mar.
«Arrojése el manebito al charco de los atunes.»
GÓNGORA, FRAELA; también **ESPINEL** en su *Escudero Marcos de Obregon;* y **CORMIN** en su *Diccionario.*

ESTAR TENDIDO COMO UN ATUN. Se aplica esta frase á la persona que está tirada en el suelo de largo á largo, sin menear pié ni pierna, á semejanza de los atunes muertos en la playa, ó en el lugar de su saladero, ó en el de su venta.
«El conde como un atun está tendido en el suelo.»
ALARCON, El tejedor de Segovia.

AYER=DE AYER. Aplicando estas dos voces á un nombre, se da á entender lo muy reciente de una cosa.
«No le tengo de ofrecer á Doña Juana el lugar, y ella me ha de visitar que es condesita de ayer.»
D. PEDRO DEL PESO, Las glorias del mejor siglo.

AVOLAR. Tender el ave sus alas al viento y caminar por los aires.
«Como águila que desperta su nido y sobre sus pollos *avuela.*» *Biblia de Ferrara.*

AVERNO, AVERNA. n. a. Cosa propia del infierno.
«Nos quemamos tanto en una sola tarde, ¿qué habrá en las brasas de la averna fragua?»
ENCINAS, Versos espirituales.

AVISOS. Antiguamente eran unas gacetas ó periódicos donde se contenian las noticias de los mas importantes sucesos del mundo.»
FRANCOSINI, Vocabulario.
En el siglo XVII se publicaban en España los Avisos por D. José de Pellicer y Tobar.

AVALENTADO, A. n. a. Se atribuye á la persona que ha crecido en bríos de corazon, ó que tiene atrevimiento para acometer cualquier hecho, justo ó injusto.
«Pidiéronme la patente con su acostubrudo estilo los presos *avalentados* con privilegios antiguos.»
ALARCON, Tejedor de Segovia.

La Academia no le da esta significacion, sino la de aquellas cosas que son propias del valenton, como el traje, la manera de andar, etc.»

ASURADO, part. del verbo *asurar*.
ASURAR. v. a. Arder una cosa en vivo fuego.
«El varón insipiente el mal procura; y en sus labios fuego ardiente siempre *asura.*»
ANÓNIMO, Prov. de Salomon, 1338.

La Academia dice que significa «requermarse los guisados en la vasija donde se cuecen, por falta de jugo ó humedad.» Ignoro el texto cierto en que se fundó para

dar á este verbo tal significacion; pero creo que quizá habiendo hallado en el *Galateo* (traduccion de Gracian) este pasaje: «Que mientras estaba allí en oracion no se le *asurase* ni derramase la olla, etc.» infirió que el verbo *asurar* á solas significaba *requermarse la olla.* Y todavía hay que agradecerle que no dió al verbo derramar la *de hervir la olla de tal modo que despidiere parte del liquido que tiene dentro.* *Asurar* y *derramar* para la Academia se hallaban en el mismo caso.

ALTISTA. Término antiguo musical. Voz media entre tiple y tenor, que hoy llamamos contra alto ó contralto.» **SUMARAN, The-saurus.**

ALCOCARRA. n. s. f. La accion con que se incita ó llama á un toro sirviéndose de una capa, pañuelo, sombrero ú otro cualquier objeto.

A bien te salgan, hijo, tus barragandas, el toro estaba muerto, y haciale alcocarras con el capirote desde la ventana. Ref. que se burla de los que presumen de bravos, haciendo guapezas con los que no pueden ocasionarles el menor daño. La Academia entiende que alcocarra significa gesto.

ALBA. n. s. f. Usase con el artículo *el* y no con el artículo *la.* Significa aquella primera claridad que anuncia la llegada del día. Aunque se usa indistintamente *alba* por *aurora* y *aurora* por *alba* hay diferencia. Tal se prueba de muchos pasajes de buenos autores. Sirva de ejemplo este.
«Abrevia el curso, pues te invocan á este fin la aurora con llorar, el alba con reír.»
CALDERON, Duelos de amor y lealtad.

Parece que por *alba* se debe entender la primera claridad blanca que anuncia la llegada del día, y por *aurora* la dorada que le sigue y que muestra la proximidad de asomar el sol en nuestro horizonte.—**QUEBRAR EL ALBA.** Frase con que se denota la hora del amanecer.
«Vemos (al gallo) entonar su ronca voz al punto de la media noche y al quebrar del alba.»
CORTÉS, Historia de las aves.

ALFRIDARIA. n. s. f. Tiempo que tarda un planeta en volverse á encontrar en el mismo punto con respecto á la tierra.
«Los años de la alfridaria son nueve.» Dice Chaves en su *Lunario perpetuo* hablando de la luna.

«Los años de la alfridaria son trece.» Dice el mismo hablando de Mercurio.
AMÉRICO, CA. n. a. Lo perteneciente al nuevo mundo descubierto por Colon.
«El amor y el temor dones riquísimos mas que el tesoro *américo* son para el cielo y tierra importantísimos.»
CARRASCO, Templo visitante.

AMAPOLOS. met. Se llamaban así los azotes dados por el verdugo con la pena.
«A los azotes los llaman así por quedar las espaldas rojas.»
SALAZAR, Espejo general de gramática.

AMANECER=SI AMANECE Ó NO AMANECE. Usase esta frase para decir que comienza á despuntar el rayo del alba.
«Mi señor para que empiece, con verdad, señora mía, se levanta cada día si *amaneca* ó no *amaneca.*»
ROJAS, *No hay amigo para amigo.*

ANDAR=ANDAR SOBRE SU PALABRA. Se decia de una persona que tenia por cárcel la ciudad y aun su casa.» **SALAZAR, Espejo de gramática.**

ANDALUZ. n. n. La persona ó cosa natural de Andalucía.
«Antes no tenia terminacion femenina. Se decia *mugeres andaluces*, en vez de *andaluzas*, como se usa hoy.»
«Azor de Castilla, paloma *andaluz*, ¿quién os viera juntos comer *alcuzcuz?*»
LOPE, *El premio del bien hablar.*

HEREDERA=DEJAR SU ALMA HEREDERA. Frase con que se denotaba que una persona habia en su testamento mandado entregar sus bienes á una iglesia ó convento para que sus rentas se gastasen en decir misas en sufragio de su alma. *Memoires curieuses envoyes*

de Madrid, Paris, 1670.
AUSTERO, A. n. a. Cosa que tiene gran aspereza al gusto. **ANDRÉS LAGUNA, Traduccion de Dioscorides.**
«Plantó una viña el rey de la ribera de un caudal rio en fértiles lagunas: plantola ¡ay! dulce, mas saliole *austero.*»
ENCINAS, Versos espirituales.

ANTICOLAS. n. s. m. Son aquellos de los antipojas que habitan en nuestro mismo meridiano, teniendo tanta altura de su polo ellos cuanta del nuestro nosotros.
«Y se dicen *antecos* ó *anticolas*, de *anti*, que es *contra*, y *colo* vivir.» **MOYA, Astronomia.**

AQUEL. Poniéndolo en la oracion precedido de la palabra *un*, tambien significa lo que no se quiere ó no se puede explicar. Es término bajo.
«Despacio la toma el padre y sermones no apetezo: voime, porque no estorbar es un *aquel* muy discreto.»
DIAMANTE, La Magdalena.

AQUEL, LLA. Se su-le poner tambien rigiendo una ó mas oraciones para dar á entender lo que no se puede ó no se quiere significar por su propia palabra. Usase mucho cuando no hay en el idioma con qué espresar el pensamiento.
«Aquel si viene ó no viene, aquel si sale ó no sale, en los amores no tiene contento que se le iguale.»
TIMONEDA.

«Terrible cosa es mirar aquel si viene ó no viene.»
LOPE, El acero de Madrid.

AQUELLO DE, Ó AQUELLA DE. Manera de decir lo que no se quiere ó no se puede nombrar y se da á entender por las palabras que se añaden á la particula *de.*
«Aquellos de los dos cantos *rabones* que en Horacio tal vez habrás leído.»
BARTOLOMÉ LEONARDO.

AQUELLOS DE, Ó AQUELLAS DE. Manera de amplificar la relacion de las virtudes ó los vicios de la persona, ó las bondades y los defectos de las cosas, v. g. hombre misericordioso, *de aquellos de dar cotidianamente pan á los pobres.*
«A un grande predicador de aquellos de no acabar.»
TRES INGENIOS, Amor encendido de Amor.

HOMBRE=HOMBRE DE POR AHI. Frase con que se denota que en una persona no hay cosa notable. **TORRE OCON, Diccionario.**

APOLLINAR. Convertir en bestia por la violencia de un dolor ó de una pena: hacer á uno insensible.
«Dí qué te ha dicho por tu fé Quiral: ¿qué dolor siente que así lo *apollina?*»
ANÓNIMO, Cuestion de amor.

AÑOS=TENER MUCHOS AÑOS. Ser persona de larga edad.
D. Francisco Antonio de Monteser, en su comedia burlesca *El caballero de Olmedo*, se burló de esta frase en los siguientes términos.
«—Ved que tiene muchos años. —Eso que es mentira pruebo; pues si los años pasaron, él cómo puede tenerlos?»

ARDIENTE. n. a. Aplicándose á espadas, lanzas, flores ú otro objeto semejante, significa de color bermejo como una brasa.
Amadis de Grecia se llamaba *El caballero de la ardiente espada*, por ser esta roja.
«La ardiente lanza del rey de la honda Egæa.»
HERRERA.

«Las ardientes espadas desnudaron.»
EL MISMO.

«A tí, clavel ardiente, émulo de la llama y de la aurora, miro al nacer mas biandamente hora.»
RIOJA.

ASPEREAR. v. a. Mostrarse soberbio, duro, jactancioso y austero en sus obras ó palabras.
«El pobre con humildad habla rogando, y el rico con vanidad *asperearo.*»
ANÓNIMO, Prov. de Salomon, 1338.

Giral del Pino (Diccionario) le da esta significacion.
La Academia, y con ella **Cormin**, dicen que equivale á *exasperar*, esto es, á mover la cólera de alguno.

LAS PALABRAS.

(Continuacion.)

Antes eran las palabras instrumentos con que el hombre se espesaba ó atormentaba á sus semejantes; hoy son los instrumentos con que el destino impone ó seduce al hombre. El hombre pues ha llegado á ser el ente pasivo. El señor se ha hecho esclavo; el martillo se ha hecho yunque. Y así debía ser, si habia de ser verdad la ley de las compensaciones, con que se consuela siempre la desgracia.

Las palabras se han convertido en objetos materiales con cierta inteligencia y con determinado carácter, y hasta con su organizacion, que ofrece á la fisiología un nuevo y ancho campo á sus investigaciones. Y para decirlo todo de una vez, las palabras no son las habladas; que hablan ellas, y un lenguaje tan seductor unas veces, tan imponente otras, otras tan vano y tan superficial, que parece que se han empeñado en parodiar á unos hombres, en ridiculizar á otros y en imitar á todos. De todos modos el lenguaje de las palabras, consideradas por supuesto individualmente, es siempre elocuente: es como el lenguaje de los monumentos.

¿Hay quien tenga esto por una paradoja? Un poco de paciencia, y se convencerá de que es una verdad; que nosotros no soltamos prendas que no recojamos, ni proposiciones que no demostremos. Tan convencidos estamos de lo que decimos, que se nos figura que no puede ser nuevo nuestro pensamiento, y que no hacemos otra cosa que traducir un pensamiento comun. ¿Quién no se ha sobrecogido alguna vez con una sola palabra? ¿Quién no ha gozado con alguna? ¿Quién no se ha reído con otra? ¿Quién no ha vuelto las espaldas á muchas? ¿Y esto por qué? Si las palabras no fueran mas que una articulacion, cada una de ellas aisladamente seria un sonido cualquiera que podria agradarnos, como un *mi* hemol dado con una voz delicada, ó incomodarnos como una pifia en un violin ó en un clarinete, pero nada mas.

Y sin embargo no es así, porque hay entre las palabras diversos caracteres, diferentes categorías, distintos nombres, de los cuales sacamos los que mas fácilmente se nos ocurren.

Hay palabras-alimentos.

Palabras-bombas.

Palabras-ilusion.

Palabras-mentiras.

Palabras-viento.

Palabras-humo.

Palabras-vapor.

Palabras-montañas.

Palabras-culebras.

Palabras-monstruos.

Palabras-cristal.

Palabras-sólidas, y palabras de otras mil clases, y otros tantos caracteres que no podemos designar, porque necesitaríamos no ya el espacio de un artículo de grandes dimensiones, sino las columnas todas de nuestro periódico. Nos contentaremos con estas, que para muestra y para prueba de lo que hemos dicho bastan.

Hay palabras que alimentan, y hasta pudiéramos decir que engordan y que hinchan. El hombre que puede pronunciarlas no cabe en la calle, tropieza con todos los que pasan á su lado, vende á todos proteccion, va con el sombrero quitado para que el aire le despeje la cabeza del vapor de las ilusiones que ha levantado en él el sol ardiente de la adulacion, y camina con paso lento, como quien busca las miradas de todo el mundo, á no ser que vaya en busca de un amigo á quien hacer depositario de sus satisfacciones. Las palabras *gloria*, *triunfo* y otras análogas producen estos efectos sorprendentes.

Por el contrario habreis visto mas de una vez á un hombre que palidece de repente, y que cae en vuestros brazos moribundo; pues bien, es que ha pasado por sus oídos una *palabra-bomba*, que si no le ha aplastado, es porque las palabras no llegan á nosotros por la cabeza sino por los costados. Por algo nos puso la naturaleza los oídos tras de las sienes. ¿Y sabeis quién es ese hombre, y cuál la palabra que ha escuchado? Es un autor dramático que ha oído decir *silbido*, ó un personaje mas elevado, es decir, muy elevado, que ha oído pronunciar una palabra que no nos atrevemos á decir, no sea que á nosotros nos produzca lo que á él; porque esa palabra para el personaje, como la del *silbido* para el autor dramático cuya comedia va á representarse en la noche próxima, es una palabra de muerte.

Conciencia, *voluntad propia* son *palabras-ilusion*. Todo el mundo las pronuncia; todo el mundo cree encontrarlas dentro de sí, y todo el mundo hace alarde de ellas y nadie las ha visto. ¿Qué se han de ver? Lo que se ve es lo contrario; que la *voluntad propia* es la supeditacion al capricho ajeno, ó á la eventualidad de las circunstancias, y que la conciencia es la idolatría al que pueda mas, y la humillacion al interés. Pero no nos atrevemos á contar estas



La flor de Lys.



Evasion de Milady.

palabras entre las *palabras-mentira*, porque la gente se hace la ilusion de que no miente cuando las pronuncia; porque hasta tiene la habilidad de engañarse á sí misma, sin duda para que los remordimientos no la quiten el sueño.

Las *palabras-mentira* son, por ejemplo, *patriotismo*, *abnegacion*. No hay ya quien crea en ellas; de manera que han dejado de ser hasta ilusiones. Ni sirven para engañarnos á nosotros mismos, y casi no se pronuncian, ó se pronuncian con timidez, ¿y saben VV. por qué? porque han tenido la desgracia de caer en ridículo, y los hombres preferimos el convencimiento y el reconocimiento de nuestra poca aprension á la ridiculidad.

Consejo, *amonestacion*, *escrupulosidad*, *rigidez*, son *palabras-viento*, y se parecen á él en muchas cosas: en que, como el viento, zumban sin cesar á nuestros oídos; en que, como al viento, las volvemos la espalda; en que, como el viento, nos irritan y nos exasperan cuando, para hacerse oír, levantan el velo que cubre nuestras faltas, como nos irrita el viento cuando nos arranca el sombrero de la cabeza, ó no nos deja embozar, ó nos destruye el paraguas cuando lo abrimos para librarnos de un aguacero.

Las *palabras-humo* vienen á ser como las *palabras-ilusion*. Como el humo se evaporan, y como el humo nos asfixian momentáneamente. Hay hombres que al hablar de su conciencia brotan las lágrimas de sus ojos, y piden apoyo al que está á su lado para no caer; y es, no que sienten, sino que están asfixiados. Allí se ve la sensibilidad, mejor dicho, la flexibilidad del artista, en que ninguna parte tiene el corazón.

Las *palabras-vapor* no se parecen al vapor en que sean humo como las anteriores. Ni por pienso: se parecen en lo que corren, y por eso podíamos mejor haberlas llamado *palabras-ferro-carril*. Pronunciad, aunque sea al oído de vuestro interlocutor, las palabras *alza*, *baja*, *fondos*, y otras por el estilo, y vereis que al volver la cabeza silban ya lejos de vosotros, que al poco tiempo han hecho un viaje por los círculos que se llaman mercantiles, después de haber hecho escala en los círculos políticos. Esas palabras, como los ferro-carriles, son las que producen el movimiento de la época.

Hay palabras tambien que no podemos contemplar sin figurárnoslas arrastrándose á los piés del poderoso, y por eso las hemos llamado *palabras-culebras*. Se parecen además á estos reptiles, en que luego que se ven encumbrados, ó ven caído al que las ensalzó, le dan un latigazo con su cola. Las palabras *avaricia*, *envidia*, *incapacidad*, son de este género; así procuramos huir siempre de ellas, aunque como vienen tan rastreras no solemos conocer sus instintos sino muy tarde.

De las *palabras-montañas* no podemos citar el mejor ejemplo por ciertas consideraciones que tampoco queremos decir; pero nuestros lectores adivinarán quizás la palabra á que nos referimos, discurrendo un poco sobre las cualidades de una montaña. La montaña resiste á la escarcha y al sol; tambien resiste esa palabra. La montaña no se conmueve con los huracanes; tampoco para esa palabra hay huracanes. Solo un terremoto es capaz de arrancar un trozo á la montaña y de abrir algunas grietas en ella, solo una especie de terremoto subterráneo abre grietas, y arranca pedazos de la *palabra-montaña* por escelencia. Un rio socaba los cimientos de una montaña, y ella se sostiene sin embargo como si pudiera vivir en el aire. Esa palabra vive tambien en el aire y como por milagro.

¿Será alguna *palabra-demonio*? no lo sabemos; pero bien puede ser cualquier cosa.

Las *palabras-monstruos* se parecen algo á las *palabras-bombas*: la diferencia está en que aquellas aplanan, y estas tragan, y tragan fortunas y hombres: *crisis* traga los hombres; *quiebra* traga las fortunas, las disuelve sin procedimiento ninguno químico. Dios nos libre de oír la segunda cuando seamos hombres ricos; de oír la primera cuando lleguemos á ser otra cosa.

Hay tambien *palabras-diáfanos*, que otros llaman *sándias*, tales como *franqueza*, *buena fé*. Nosotros las damos aquel nombre porque son como una especie de cristal que deja ver al hombre hasta el corazón. El que las pronuncia de veras es hombre perdido; por eso hay quien las llama *sándias*. ¿No es efectivamente una sandez dejar ver hasta el fondo del alma, cuando la mayor parte de las gentes dejan difícilmente ver el semblante? La fortuna es que Diógenes mismo con su linterna no encontraría hoy un cándido para un remedio.

Otras palabras hay, y vamos á concluir con la nomenclatura, que podrian llamarse *sólidas* ó *positivas*, porque son lo único sólido y positivo que hay en la tierra.

(Concluirá.)

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.